

# EDUCACIÓN EN LA PANDEMIA

**Daniar Chávez Jiménez y Rubén Darío Ramírez Sánchez**

La emergencia de la pandemia del SARS-CoV-2, conocida como COVID-19 o coronavirus, obligó a que la mayoría de los países del planeta optaran por el confinamiento forzado, el distanciamiento social y la paralización de las actividades públicas. En este contexto, los sistemas educativos, tradicionalmente basados en la enseñanza presencial, fueron ajustados o reconvertidos a la enseñanza en línea basada en el uso de dispositivos tecnológicos. La oportunidad no podía ser mejor para el uso de las nuevas tecnologías. Redes sociales como Facebook, Twitter, LinkedIn, Instagram, YouTube, Pinterest o WhatsApp, entre muchas otras, llevan años anunciando con bombo y platillo sus cada vez más novedosas herramientas, que transforman día con día los espacios comunicacionales a nivel personal, laboral, académico, lúdico o informativo.

Con la llegada de la denominada Web 2.0, o Web social, en el 2004, internet experimentó importantes transformaciones en el uso de la información, pues abrió la oportunidad a los usuarios de no sólo ser consumidores de contenidos, sino también creadores y productores de los mismos. En el 2006, el advenimiento de la Web 3.0 amplió las perspectivas de participación de amplios sectores sociales de la población mundial. Múltiples espacios y posibilidades se abrieron para la participación colectiva y la democratización de la información y el conocimiento. Lo cierto es que, en la última década, el uso y el acceso a internet creció enormemente a nivel mundial. En América Latina se estima que en la actualidad el acceso de usuarios oscila entre el 60 y 85%, cuando en el 2011 apenas ascendía al 39% de la población total.

Las altas tasas de crecimiento de amplios sectores sociales para poder acceder a internet, mostraron muy rápido la terrible realidad de la brecha digital o tecnológica que se generó entre los países más desarrollados y los países menos desarrollados, entre los sectores sociales más acomodados y los más desposeídos, pues dejó en evidencia que el acceso a la información y al conocimiento es un factor de incidencia en la generación de pobreza y marginación social. Mientras mayor es la brecha tecnológica o digital, mientras más reducidas son las posibilidades de acceso a la información entre los más privilegiados y los menos privilegiados, mayores son las

desigualdades que se generan en el acceso a la educación, a la salud, a la vivienda, a la fuerza laboral, a la alimentación, etc. Además, volvió a poner el dedo en el renglón al acentuar la necesidad de reconocer cómo se distribuye el uso de internet entre la población mundial, determinada inminentemente por su situación socioeconómica, su ubicación geográfica y geopolítica, así como su edad, su sexo y su condición física o su aspecto, entre muchas otras formas de discriminación comúnmente invisibilizadas.

Debido a estas realidades, tras las primeras semanas de confinamiento, originadas por la emergencia sanitaria, los países con economías emergentes y con altos índices de pobreza han presentado limitaciones importantes para ofrecer los servicios educativos públicos a amplios sectores sociales. En México, como en la gran mayoría de los países de América Latina, la estructura social se encuentra dividida entre un limitado sector que tiene acceso a una vida cómoda, extensas franjas medias que campean las crisis con muchas dificultades y una mayoría de población que lidia en su vida diaria desde los márgenes de la pobreza. De acuerdo con el CONEVAL, en 2018 en México 52.4 millones de personas vivían en situación de pobreza (43.6%) y 9.3 millones en pobreza extrema (7.6%), lo que da como resultado que de cada 10 mexicanos, cuatro carecían de recursos para subsistir diariamente.<sup>1</sup>

Esta condición marginal se acentúa en las zonas rurales, donde el 40.8% sufre pobreza moderada y 17.4% pobreza extrema; mientras que en las zonas urbanas, el 34.3% se encuentra en pobreza moderada y 4.7% en pobreza extrema. De acuerdo con CONEVAL, también en 2018 21.4 millones de personas (17.5%) tenían ingresos inferiores a la Línea de Bienestar Mínimo (valor monetario de una canasta alimentaria básica), mismo segmento de población que se encontraba en rezago y sin acceso a la educación. De acuerdo con la Encuesta Intercensal del INEGI en el 2017, la población de 15 años o más que no sabía leer ni escribir y el número de personas que no había iniciado o concluido su educación primaria o secundaria, ascendía a 30.331.242 personas, lo que correspondía al 35% de la población, de los cuales el 4.5% eran analfabetas.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> CONEVAL (2018). "Medición de la pobreza en México 2008-2018". Recuperado de: <https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/PobrezaInicio.aspx>.

<sup>2</sup> INEGI (2017). "Características educativas de la población". Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/temas/educacion/>.



En estas condiciones de desigualdad y rezago histórico, la propagación de la pandemia obligó a que el gobierno federal cancelara las clases presenciales y las transmitiera por radio y televisión, sin una estrategia pedagógica clara, que considerara la gran diversidad cultural y socioeconómica que rige en los amplios y muy diversos territorios de todo el país, así como la gran desigualdad que impera en el uso y acceso a internet y a otros medios de información y comunicación.

En este sentido, la precariedad estructural sobre la que se asienta el sistema educativo en México complejizó la educación de 36.6 millones de estudiantes de todos los niveles, que eran atendidos en 265.002 escuelas por 2.1 millones de profesores, debido a que el confinamiento transformó transversalmente la vida cotidiana de la población, tanto del 56.6% de las personas ocupadas que trabajan en la informalidad y “viven al día”, como de aquellos siete niños, de cada diez, que no reciben ayuda gubernamental.<sup>3</sup> En el caso de la educación privada, de acuerdo con la Confederación Nacional de Escuelas Particulares (CNEP), se atendía a 5.321.481 alumnos, con 485.188 profesores, lo que representaba el 15% de la totalidad del sistema educativo. Driveth Razo estimó que alrededor de dos millones de alumnos, de diferentes niveles académicos de escuelas privadas, se iban a dar de baja para iniciar su migración a la educación pública. Además, frente a la crisis, se estima que cuatro de cada 10 escuelas desaparecerán, lo cual significa el cierre de 657

<sup>3</sup> INEGI (2020). “Características educativas de la población”. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/temas/educacion/>.

escuelas privadas y una disminución en la matrícula de cerca de un 30%.<sup>4</sup>

A la precariedad social, económica y cultural que caracteriza a la educación, en la pandemia se sumó la marginalidad digital, misma que hace patente la división entre los que tienen y los que no tienen acceso a internet, pues el 13% de las escuelas públicas del país no cuentan con servicio de energía eléctrica, cerca del 45% no cuenta con equipos de cómputo (o estos no funcionan) y apenas 37.7% tiene acceso a internet.<sup>5</sup> Estas condiciones de conectividad han limitado la formación escolar en casa, principalmente de los alumnos de primaria, secundaria y preparatoria, pues el 78.6% de los hogares con niños en edad de estudiar esos niveles tuvieron dificultades para seguir la educación a distancia por falta de computadora o de internet.<sup>6</sup> Según la Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares, en 2018 la población usuaria de internet era de 65.8% y más de 16 millones de hogares no tenían cobertura; pero la disparidad se hace más notoria cuando vemos que el 73.1% de los habitantes urbanos son usuarios de internet, mientras que solo el 40.6% de las zonas rurales tienen acceso a él.<sup>7</sup>

De acuerdo con la Encuesta Nacional de Consumo de Contenidos Audiovisuales, en México 257.146 niños y adolescentes (1.08% de la población de entre 7 y 17 años) no tiene acceso a televisión (lo que representa el 4.47%), a radio (el 54.72%), ni a internet (el 24.84%),<sup>8</sup> limitaciones que hacen imposible el estudio a distancia para este segmento social, situado principalmente en las comunidades más alejadas de los centros urbanos. Como resultado de esta falta de conectividad, según la encuesta ENCOVID-19, el 78.6% de las personas reportaron haber tenido dificultades para continuar con la educación de niños y adolescentes en casa, debido a que el 48.5% tuvo problemas por falta de computadora e internet; 31.4% por falta de apoyo por parte de los maestros; 21.1% por distracción de los estudiantes; 17.1% por falta de conocimientos; 14.9% por falta de libros y/o material didáctico, siendo los estados de Chiapas (11.09%), Tabasco (24.76%), Hidalgo (27.23%) y Oaxaca (27.56%)

<sup>4</sup> Driveth Razo (2020). “Educación privada a la baja, efectos del Covid-19 en la educación”. Observatorio de Innovación Educativa, Tec. Monterrey, 7 de octubre. Recuperado de: <https://observatorio.tec.mx/edu-news/educacion-privada-a-la-baja-mexico>.

<sup>5</sup> SEP (2020). “Principales cifras del Sistema Educativo Nacional 2018-2019”, México, SEP. Recuperado de: [https://www.planeacion.sep.gob.mx/Doc/estadistica\\_e\\_indicadores/principales\\_cifras/principales\\_cifras\\_2018\\_2019\\_bolsillo.pdf](https://www.planeacion.sep.gob.mx/Doc/estadistica_e_indicadores/principales_cifras/principales_cifras_2018_2019_bolsillo.pdf).

<sup>6</sup> Belén Hernández (2020). “Los indicadores en educación y pobreza en México van a ser peores tras la pandemia”, *El País*, 3 de agosto.

<sup>7</sup> INEGI (2019). “Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares (ENDUTH, 2019)”. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/programas/dutih/2019/>.

<sup>8</sup> Instituto Federal de Telecomunicaciones (2018). “Encuesta Nacional de Consumo de Contenidos Audiovisuales, 2018”. Recuperado de: <http://www.iftt.org.mx/sites/default/files/contenido-general/medios-y-contenidos-audiovisuales/enca18nacional.pdf>.

los que presentan los menores porcentajes de conectividad a internet en esta población escolar.<sup>9</sup>

La paradoja estriba, como explican Sonia Comboni y José Manuel Juárez, en que “las condiciones de vida de los más pobres son tan limitantes del bienestar, de las capacidades y libertades, que su salida es pensar que la escuela es la única que les puede brindar un futuro diferente, de esta manera, buscan que sus hijos tengan oportunidades que les permitan desarrollar capacidades para que su lugar en la estructura social no sea resultado del azar”. Pero lo cierto es que, hasta antes de la pandemia, la promesa de la movilidad social a través de la educación ya era una ilusión incumplida en México y América Latina en general. Al contexto socioeconómico, a la falta de recursos monetarios, al ambiente “comunitario y la degradación social” (es decir, a la presencia de la violencia estructural originada por el crimen organizado, el narcotráfico, los feminicidios y la violencia intrafamiliar), debe sumársele la deserción escolar en todos los niveles (que sale en búsqueda de convertirse en fuerza laboral para apoyar económicamente a sus familias), realidades que “son situaciones habituales en contextos de alta concentración de la pobreza y en las zonas de exclusión, las cuales obstaculizan las posibilidades de una escolarización plena”.<sup>10</sup>

A todas estas desigualdades estructurales que sufren amplios sectores de la población mexicana y latinoamericana en general, principalmente en las zonas más marginales y aisladas, debe sumársele ahora la ampliación de la brecha digital o tecnológica, que genera un acceso desigual al uso y manejo de la información, y el ascenso del analfabetismo tecnológico, que no sólo determina a los sectores más marginales de la sociedad, sino también a todos aquellos ciudadanos que sin importar su clase social no poseen los conocimientos adquiridos para el uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (las denominadas TIC), lo que inhibe la autorrealización de inmensos colectivos y el rechazo de los sectores que sí tienen acceso ilimitado y moderado a la tecnología, lo que también restringe enormemente las oportunidades de trabajo.

No extraña que la parálisis de las actividades por la pandemia exhibiera de nueva cuenta la debilidad del sistema educativo (y el poco o nulo impacto que tiene en la movilidad social); a pesar de que la autoridad gubernamental intentó resolver el ciclo escolar vigente, las políticas de remediación mediante las transmisiones de

clases televisivas, y la asesoría de los padres de familia, no ha mostrado los resultados esperados, debido a la falta de acceso a la conexión y a los dispositivos en amplios segmentos sociales marginales, así como a la falta de capacitación docente que forzosamente necesitarían tener los padres o tutores.

La reconversión de las casas en aulas ha enfrentado problemas sustanciales por la falta de una estrategia de mediación entre los contenidos que emiten las pantallas de televisión, los aparatos de radio, las computadoras, los WhatsApp y los que ven, escuchan o reciben esos contenidos. Aunque es muy temprano para comprender y evaluar la efectividad de la estrategia gubernamental en materia educativa, que permita conocer el nivel real de aprovechamiento de los estudiantes, son evidentes las dificultades que se derivan de la falta de acompañamiento o mediación de los profesores, cuya tarea radicó en combinar los programas de televisión con sus propias estrategias y plataformas comerciales gratuitas para comunicarse con sus estudiantes, propósito que se logró a medias, ya que se estima que cerca del 30% de los alumnos no pudieron ser contactados por sus maestros durante los horarios lectivos, en los periodos más álgidos de la cuarentena.

A esta falta de conexión de los alumnos se une el desconcierto de los maestros por la ausencia de una orientación clara, la capacitación a destiempo y el desconocimiento de los programas y las plataformas digitales. Esta nueva dinámica en el sistema educativo también reasignó, principalmente, a las madres de familia el acompañamiento de la enseñanza, sin que contaran con capacitación para esta tarea, situación que se ha complejizado porque los padres tienen que salir a trabajar; millones de niños proceden de familias monoparentales donde las mujeres cumplen todas las funciones o tareas del hogar, así como las relacionadas con la idea tradicional de “familia”, es decir, la educación integral de los hijos. A ello se une que casi nueve millones de mexicanos adultos se encuentran en condiciones de analfabetismo y analfabetismo funcional, y cerca de 30 millones se encuentran en condiciones de rezago educativo (no terminaron la primaria o la secundaria), lo que impacta directamente en la asesoría a los estudiantes de nivel básico.

Tal como se esperaba, la pandemia ahondó la desigualdad y afectó a los alumnos de todos los niveles, principalmente a aquellos que se encuentran en condiciones de vulnerabilidad. De acuerdo con la Encuesta para la Medición del Impacto COVID-19 en la Educación (ENCOVID-ED, 2020) del INEGI, unos 8.8 millones de estudiantes niños, jóvenes y adolescentes quedaron fuera del ciclo escolar 2020-2021. La encuesta muestra que 2.3 millones de alumnos no se inscribieron por motivos de la

<sup>9</sup> Encuesta #ENCOVID19Infancia (2020). “Efectos de COVID 19 en niñas, niños y adolescentes”. Recuperado de: <https://www.unicef.org/mexico/informes/encuesta-encovid19infancia>.

<sup>10</sup> Sonia Comboni y José Manuel Juárez (2016). “Desigualdad social, educación superior e interculturalidad”, en Danir Chávez, María Cristina Núñez Madrazo y Clarita Rodríguez Soto (coords.), *Universidad pública, organización comunitaria y ambiente: once estudios de desarrollo alternativo en México*, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 53-54.



contingencia sanitaria, 2.9 millones por carecer de recursos y 3.6 millones porque tuvieron que trabajar. La encuesta también revela los motivos asociados a la pandemia por lo cual los alumnos no se inscribieron en el ciclo escolar vigente (2020-2021). El 26.6% considera que las clases a distancia son poco funcionales para el aprendizaje, 25.3% señala que alguno de sus padres o tutores se quedaron sin trabajo, 21.9% carece de computadora, otros dispositivos o conexión de internet. Como era de esperarse, el confinamiento generó múltiples efectos emocionales, es por ello que seis de cada 10 alumnos desean regresar a clases presenciales.<sup>11</sup>

En este escenario, la brecha económica y digital representa los mayores obstáculos para el acceso a la educación, dado que la pandemia nos obligó a migrar a nuevas formas de educación sustentadas en la tecnología, donde amplios segmentos pobres carecen de equipo electrónico, tienen limitaciones en la educación informática y en la conectividad. Esta “normalidad educativa” nos ha llevado a reconvertir el entorno físico, a enfrentar las limitaciones de niños, jóvenes, maestros y familiares hacia el mundo digital, donde la interacción social prácticamente se anuló por el predominio de las imágenes planas. Esta falta de socialización, elemento central de la educación, ha impactado a los estudiantes que dejaron de sentirse parte de la comunidad escolar y perdieron la oportunidad de retroalimentarse con sus pares.<sup>12</sup>

Otro efecto decisivo de la secuencia pedagógica en este proceso educativo es la nueva función que cumplen los docentes y su desplazamiento por el uso de las tecnologías. A ello se suman los efectos severos que tendrá la deserción

escolar en todos sus niveles, el diseño de nuevos currículos para enfrentar la nueva realidad pospandémica o “nueva normalidad”, donde la conectividad y la actividad digital se constituirán en la base del desarrollo de habilidades para la enseñanza, y de ellas dependerá el funcionamiento de la estructura central del sistema educativo, determinado siempre por las condiciones de desigualdad que campean.

Porque las desigualdades sociales, en efecto, están determinadas por la situación socioeconómica de las personas, por su ubicación geográfica y geopolítica, así como por las características propias de los individuos (sexo, sexualidad, edad, raza, aspecto), estructuras sociales que han invisibilizado a comunidades enteras, pero también han potencializado y solapado la distribución desigual del derecho y el acceso a la información y a las fuentes del conocimiento, lo que a su vez limita el “acceso a un conjunto de bienes sociales, como por ejemplo, el mercado laboral, el ingreso, la educación, la vivienda, el sistema de salud y las formas de representación y participación política”.<sup>13</sup>

---

**Daniar Chávez Jiménez** (Hidalgo, 1975). Mexicano, doctor en Letras Latinoamericanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Investigador de la Unidad Académica de Estudios Regionales de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Es director de la colección Sociedad y Estudios Regionales de la UNAM. En el 2016 coordinó el libro *Universidad pública, organización comunitaria y ambiente, once estudios de desarrollo alternativo en México*. Ha coordinado y publicado más de 50 libros, capítulos de libros y artículos de investigación y divulgación en distintas editoriales y revistas nacionales e internacionales.

**Rubén Darío Ramírez Sánchez** (Tabasco, 1970). Mexicano, sociólogo por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, maestro y doctor en Ciencias Sociales, con Especialidad en Estudios Rurales por El Colegio de Michoacán A.C. Investigador de la Unidad Académica de Estudios Regionales de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Fue profesor y coordinador de la licenciatura en Ciencia Política y Administración Municipal en la Universidad Popular de la Chontalpa, así como profesor y coordinador de la licenciatura en Gobernabilidad y Nueva Ciudadanía en la Universidad de La Ciénega del Estado de Michoacán de Ocampo. En 2015 publicó el libro *Hegemonía, movilización social y proyecto educativo en Tabasco*.

<sup>11</sup> INEGI (2021). “Encuesta para la Medición del Impacto COVID-19 en la Educación (ENCOVID-ED) 2020”. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/investigacion/ecovid/2020/>.

<sup>12</sup> Hugo Casanova Cardiel (2020). “Educación y pandemia. El futuro que vendrá”. Las Ciencias Sociales y el Coronavirus (conferencia), organizado por el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (Comesco), pp.19-40.

<sup>13</sup> Comboni y Juárez, *op. cit.*, p. 51.